

# CRISIS POLITICA EN LA ESPAÑA DE 1903

por Emilio DE DIEGO GARCIA

En el devenir de la sociedad española contemporánea, de modo especial durante el siglo XX, la aceleración de los acontecimientos y la polarización de los mismos en torno a algunos años ha permitido tomar éstos como ejes del estudio histórico, procediendo así a obtener imágenes en profundidad capaces de enriquecer el conocimiento diacronizado referido a periodos más amplios. Fechas de especial significado en tal sentido han producido la aparición de abundantes e importantes escritos sobre 1909, 1913, 1917, 1930... Entiendo que un esfuerzo similar resultaría positivo centrado en la España de 1903.

Los límites materiales de un artículo obligan a la exposición fuertemente sintetizada de las cuestiones descolantes y a un tratamiento casi enunciativo de las mismas. Con estos condicionamientos vamos a intentar plasmar la crisis política de las principales fuerzas de dentro y fuera de la Restauración, que se desarrollan en 1903, sobre una problemática de fondo donde subyacen los grandes temas de la realidad socioeconómica del país en la resaca del 98.

## La «atomización» del partido liberal

Hay dos momentos claves en la descomposición de los partidos que soportaron la monarquía de Sagunto. El asesinato de Canalejas, en noviembre de 1912, y las distintas reacciones de Maura y Dato ante el comportamiento de la corona provocan una crisis en el partido conservador cuyo parangón podemos encontrarlo en las escisiones acaecidas en 1903 en el partido liberal.

La muerte de Sagasta, el 5 de enero de dicho año, significó, como tal, la del propio partido liberal fusionista. Con la desaparición del político de Torrecilla de Cameros se rompía el vínculo que su jefatura, generalmente aceptada, pese a algunas contestaciones, imponía a las distintas corrientes en el interior del partido. El desgaste, de modo especial en relación con los acontecimientos de 1898, agudizó los personalismos que desarrollaron los siguientes taifas, a pesar de que en principio se impuso una «regencia bicéfala»<sup>1</sup> para abordar el periodo de interinidad hasta la elección de un nuevo jefe. Durante este tiempo las

(1) Don Eugenio Montero Ríos dirigía la representación del partido en la Cámara de Diputados hasta su disolución el 26 de marzo. Don Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo, hacía lo mismo en el Senado.

tensiones crecen ininterrumpidamente, aflorando públicamente, ya de modo rotundo, en el discurso que Moret pronuncia en Zaragoza el 2 de mayo, donde afirma: «... muerto Sagasta, no acepto la responsabilidad que otros contraigan...»<sup>2</sup>. La dinámica interna del liberal-fusionismo no conducía hacia la armonía y la concordia.

La pugna estaba abierta desde estos momentos, y sólo la prioridad que la marcha de los acontecimientos de la política nacional impuso, además de una estrategia de contactos preparatorios, a nivel privado, por cada uno de los grupos que se perfilan, aplazaron la cuestión hasta los primeros días de septiembre en que se inician, «oficialmente», los trabajos previos para elegir al sucesor de Sagasta. Algunos medios de prensa como «El Imparcial» de Madrid pidieron la convocatoria de una Asamblea que representase la voluntad de los liberales en tan importante asunto<sup>3</sup>. Varios prohombres del partido se pronuncian de igual forma, destacando, por encima de todos, el conde de Romanones.

La cuestión era ardua por la diferencia de criterio entre los más significados candidatos: Montero Ríos, Vega de Armijo y Moret. Los dos primeros pretendían una solución adoptada por el «aparato» del partido. Moret, tal y como Romanones había manifestado, demandaba la convocatoria de una Asamblea. La aceptación de una u otra vía resultaba fundamental, pues Montero Ríos y Vega de Armijo, principalmente el primero, controlaban la «cúpula» del partido y, además, podían ponerse de acuerdo entre sí con relativa facilidad. Moret rechazaba, pues, por todos los medios, tal propósito. La batalla por la herencia sagastina se presentaba enconada y difícil.

El 25 de septiembre, «El Imparcial» insistió en la necesidad de una jefatura única a la mayor brevedad, y en su número del día siguiente advertía sobre el peligro de la incapacidad de los partidos para acercarse a los ciudadanos, mientras que fagocitan en su propio y artificioso ambiente: «la muerte de los partidos políticos en el concepto viejo de lo que estas palabras significan ha sido el efecto correspondiente a la abstención de los ciudadanos en las funciones públicas. Así, han muerto como religión sin creyentes, como biblioteca sin libros, como libros sin ideas»<sup>4</sup>.

El resto de los líderes del partido liberal, faltos de capacidad para hacer triunfar sus aspiraciones, ha de supeditarse momentáneamente a alguna de las opciones ya mencionadas. El general López Domínguez y Canalejas, cabeza del grupo democrático del partido, se unieron al carro de Montero Ríos, junto con don Joaquín López Puigcerver, ex ministro de Gracia y Justicia en el breve gobierno Sagasta de noviembre-diciembre de 1902. Romanones, por el contrario, se convirtió en uno de los más firmes apoyos de Moret.

La brecha era cada día más amplia entre los distintos campos y la urgencia de solucionar el problema dio paso a múltiples hipótesis, una de ellas pretendía convertir al rey en árbitro de la situación, demandando a Su Majestad la designación de jefe en el partido liberal. Esta descabellada posibilidad quedó cortada por la actuación del conde de Romanones, que el 27 de septiembre encabezó una relación de setenta senadores y diputados, exigiendo a los candidatos a la Jefatura que se pusiesen de acuerdo inmediatamente. Rechazaban así la idea del arbitraje real, principal objetivo del escrito, puesto que el acuerdo directo entre Montero Ríos, Vega de Armijo y Moret resultaba casi utópico.

(2) «El Imparcial», Madrid, 12-5-1903, p. 1, «Los liberales en las Cámaras».

(3) «El Imparcial», Madrid, 6-9-1903, p. 1.

(4) «El Imparcial», Madrid, 26-9-1903, p. 1, «Los partidos y los ciudadanos».

En los primeros días de octubre arreció la campaña de prensa solicitando la solución definitiva<sup>5</sup>, mientras se denunciaban maniobras entre bastidores contra los intereses de Moret; concretamente, se hacía referencia a una entrevista en el castillo de Mos en la que Montero Ríos y Vega de Armijo se habían ofrecido «versallescamente» la dirección del partido sin llegar a ningún resultado. La oposición a la pretensión de que decidiesen las «camarillas» es continua en un órgano tan prestigioso como «El Imparcial»<sup>6</sup>. Las reiteradas solicitudes de una rápida solución no lograron nada práctico hasta el 15 de noviembre, fecha en la que una asamblea de «notables» se reunió en el Salón de la Cámara Alta para elegir al nuevo timonel de la nave liberal. Montero Ríos tuvo 210 votos; Moret, 194; Vega de Armijo, 1, y 4 se emitieron en blanco. La división en dos grandes tendencias, bastante equilibradas cuantitativamente y radicalmente enfrentadas era prácticamente total.

En uno de los últimos intentos por evitar la ruptura, García Prieto pidió que se aceptase una jefatura única. Moret propuso al marqués de la Vega de Armijo, maniobra que rechazó Montero Ríos denunciándola como un propósito de aquél para excluirle de la jefatura. El Duque de Almodóvar ofreció la posibilidad de una gestión colegiada, un «directorio» que integrarían Moret, Vega de Armijo, Montero Ríos, Canalejas y López Domínguez.

Todo en vano, sobre los restos del partido de Sagasta surgían el «monterismo» y «moretismo». Era lógico, ya que las fuerzas centrifugas de los personalismos no encontraban contrapeso en unos valores ideológicos integradores capaces de imponerse.

Una interrogante se abre, sin embargo, sobre el comportamiento de Canalejas. Su trayectoria ideológica debía acercarle mucho más al sector «moretista» que al de Montero Ríos, significado por sus presupuestos retrógrados sobre temas claves como la cuestión social. Seguramente la táctica hacia el poder se impuso a otras consideraciones en el político ferrolano cuando manifestaba: «... la única elocuente voz que todos descábamos oír hoy, el único sabio ejemplo que demandaremos mañana se cifra en nuestro único, indiscutible y respetado jefe señor Montero Ríos»<sup>7</sup>.

### El partido conservador: la erosión, inevitable

Durante el año 1903, el partido conservador ejerce el poder a través de los ministerios de Silvela, Fernández Villaverde y Maura. En el primero, que dura hasta el 20 de julio, figuraban como elementos más destacados Dato, en Gracia y Justicia; Maura, en Gobernación; Fernández Villaverde, en Hacienda, y Sánchez de Toca, en Marina. En el segundo, que termina el 5 de diciembre, descuella, además del propio Villaverde, Rafael Gasset al frente de la cartera de Agricultura, y a partir del 5 de diciembre se iniciaba la gestión de Maura al frente del ejecutivo, en el que permaneció todo el año de 1904<sup>8</sup>. Las dificultades a las que se enfrenta la obra de gobierno son graves y, en consecuencia, el partido conservador paga un alto costo. Al terminar el año así lo reflejaría un apresurado balance: Silvela ha abandonado la

(5) «El Imparcial», Madrid, 6-10-1903, p. 1. «Basta de interinidad».

(6) «El Imparcial», Madrid, 8-10-1903, p. 1. «Cómo se elige un jefe».

(7) «El Imparcial», Madrid, 25-11-1903, p. 1.

(8) GARCÍA MADARIAGA, J. M., «Estructura de la Administración Central, 1808-1931», Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1982, p. 246. Concretamente, el gobierno de Maura Montaner alcanzó en esta etapa hasta el 16 de diciembre de 1904.

política, Maura y su «revolución desde arriba» han concitado en su contra la más duras críticas y el fracaso señala los intentos reformistas, de tinte regeneracionista, de Villaverde y Gasset.

La oposición al gobierno Silvela se centró en los vicios y manipulaciones del sistema electoral, en la cuestión de la enseñanza, la reconstrucción de la flota y la aprobación de los presupuestos. Todo ello sobre un fondo creciente de agitación laboral y social con especial virulencia en Andalucía y Cataluña. Los anarquistas promovieron un importante número de conflictos, que indefectiblemente terminan de manera violenta. El proceso era siempre el mismo: protesta laboral, resistencia patronal, falta de cauces legales para solventar las diferencias, choques, intervención de la fuerza pública, muertos y heridos. Reiteradamente el poder civil se inhibía con premura, dejando el campo abierto a la actuación de la Guardia Civil y el Ejército. «El gobierno, frente a una situación tan oscura y difícil, se contenta con seguir encomendándose a los santos, a la Guardia Civil y a los "sueltos" de "La Epoca".»<sup>9</sup> Su manifiesta incapacidad socavaba los cimientos del propio sistema.

En los primeros meses del año, en torno a la cuestión de la enseñanza, se suscitan, durante la discusión de los presupuestos para 1904, los más arduos debates. Convergen elementos de crítica basados en la insuficiencia de las dotaciones y cuestiones ideológicas. La prensa liberal y los más significados portavoces del reformismo monárquico y del republicanismo rechazaban las pretensiones del gobierno, que intentaba disminuir la partida correspondiente a instrucción pública y Bellas Artes con relación al presupuesto anterior en 387.886 pesetas, cifrando en 43.032.390 pesetas el global de las inversiones públicas en enseñanza y cultura a todos los niveles. La universidad, que contaba con 10 centros en España, tendría unos gastos de 3.367.647 pesetas, mientras que sus ingresos, según Azcárate, sumarían 3.154.495 pesetas. En conjunto, universidades, institutos, escuelas normales y escuelas superiores y profesionales contarían con 10.384.344 para gastos, con unos ingresos de 7.057.515 pesetas. Más que las cifras nos indica el hecho que los presupuestos de enseñanza seguían desde 1877 un ritmo decreciente, de forma especialmente acusada en lo destinado para adquisición de material científico de institutos y universidades. Como ejemplo significativo baste resaltar que la Universidad de Madrid tenía asignada para material de ciencias químicas la cantidad de 250 pesetas anuales. Con razón, Melquíades Álvarez acusaba al gobierno de destinar a este capítulo menos que a las bandas militares<sup>10</sup>.

Ante la batalla de los presupuestos, Villaverde dimite el 25 de marzo, y el 26 el rey firma la disolución de las Cortes, pudiendo así continuar el gobierno Silvela, aunque en precaria situación.

Desde finales de marzo de 1903, la agitación estudiantil se desarrolla a ritmo creciente. Madrid, Barcelona, Valencia, Salamanca..., son escenarios de graves enfrentamientos. En la universidad salmantina, asaltada por la fuerza pública el 2 de abril, resultan muertos dos estudiantes y varios más heridos; aunque el gobernador civil, don Joaquín Velasco, es cesado, ello no evita la reacción generalizada en los medios estudiantiles de toda España. Graves incidentes se suceden en Zaragoza, Barcelona, Santiago, Oviedo, Valladolid, etc.; todas las sedes universitarias se suman a la revuelta, que alcanza en Madrid las cotas más altas. La represión es fuerte y suscita grandes protestas contra Maura, responsable del Ministerio de Gobernación. La prensa madrileña llega a establecer comparaciones entre la situación de aquellos momentos y la noche de San Daniel.

(9) «El Imparcial», Madrid, 19-4-1903, p. 1. «Sistema Antiguo».

(10) Archivo de las Cortes. Diario de sesiones, 5-3-1903.

Hasta mediados de abril no lograría el gobierno establecer una precaria calma.

En este ambiente se convocaron las elecciones generales, con el fin de superar la crisis del legislativo. Las fuerzas de la oposición se muestran reticentes, una vez más, sobre la práctica electoral que viene permanentemente manipulándose desde el poder por los correspondientes «grandes electores» de los partidos en el gobierno. En esta ocasión, sin embargo, Maura, responsable de la convocatoria, procedió con una honradez y limpieza inusuales. Sin duda, son estos comicios de 26 de abril de 1903 los más puros de los efectuados hasta entonces. ¿Pretendía el partido conservador cimentar su gobierno en un triunfo incuestionable, con cuyo respaldo moral podría afrontar los difíciles momentos que vivía el país? ¿Intentaba dar un cauce válido a las minorías creyendo que su importancia era menor que la que tenía en realidad? ¿Constituía este paso un ejemplo de la revolución desde arriba? Muchas cuestiones cabe plantearse al respecto. En cualquier caso, los resultados no fueron favorables. El esfuerzo de Maura por prestigiar el sistema no llegó a valorarse por sus oponentes y en el seno de algunas instituciones y de los propios conservadores se le acusó por su permisividad de haber intentado dismantelar el partido.

Los republicanos lograron un gran éxito en las principales ciudades, obteniendo 34 diputados. En Madrid, los candidatos favorables a la República barrieron a sus oponentes. Joaquín Costa, con 28.395 votos, resultó el diputado electo con mayor número de sufragios, pero en valores similares estuvieron Rodríguez, Llano y Persi, Estévanez, Picón y Morayta, que casi doblaron las cifras alcanzadas por los representantes de las candidaturas monárquicas, tanto conservadores como liberales<sup>11</sup>.

El gobierno Silvela salió debilitado de las elecciones de abril y con un nuevo elemento de disensión por las disculpaciones derivadas de la derrota. En los meses siguientes la conflictividad laboral se incrementó fuertemente en Andalucía, sobre todo en los medios campesinos de Cádiz y Sevilla, ante la ineficacia y la pérdida de popularidad de los gobernantes. El fracaso de su obra de reconstrucción y la animadversión que despertaban sus principales aspiraciones para reorganizar el país llevan a Silvela al abandono de la política. El hábil orador, el hombre desengañado de las capacidades de su país, deja el poder público y la jefatura del partido conservador, desapareciendo así de la escena una de las personalidades más destacadas de la España de aquel tiempo.

El segundo gobierno de 1903 estuvo marcado por el afán de reformas, del «regeneracionismo» monárquico, que intentó concretarse en dos objetivos básicos:

- a) La mejora de la Hacienda como medio de agilizar la acción estatal.
- b) Incremento de las obras públicas que el país necesitaba para mejorar su deficiente infraestructura.

El presidente del gobierno y el ministro de Agricultura debían encargarse de protagonizar, respectivamente, estas dos empresas. Don Raimundo Fernández Villaverde, que era un hombre de convicciones firmes puestas al servicio de una positiva entereza, según la describía Francos Rodríguez, buen conocedor de aquella época<sup>12</sup>, inició su andadura al frente del gobierno coincidiendo con el fallecimiento de León XIII.

Desde los primeros días hubo de enfrentarse con un recrudecimiento de la conflictividad laboral en apoyo de la demanda de amnistía para los obreros presos

(11) Datos publicados por la Junta Central del Censo. En estas elecciones Pablo Iglesias obtuvo 1.875 votos, y Jaime Vera, 1.170.

(12) FRANCOS RODRIGUEZ, J., «La vida de Canalejas», Madrid, 1918, p. 294.

en la gran oleada de huelgas de junio y julio, que habían jalonado la caída de Silvela. Aunque el gobierno se mostraba partidario de conceder las medidas de gracia solicitadas, la intransigencia de los anarquistas dio lugar a una cadena de agitaciones en sus marcos tradicionales catalán y andaluz. Sin lograr su propósito de desatar una huelga general, los efectos inmediatos fueron el lógico aumento de las tensiones y endurecimiento de la política gubernamental, con el desgaste consiguiente.

Tras un ligero respiro de normalidad en los últimos meses de verano, la tensión laboral produjo una nueva escalada de violencia. En octubre la zona minera vizcaína se ve sacudida por una huelga de gran alcance. A partir del día 27 se declaró el estado de guerra y se produjo la intervención militar, que causó varios muertos y heridos, haciéndose necesario incluso el envío de apoyo naval<sup>13</sup>. La actuación del capitán general Zappino evitó, con todo, unos resultados más lamentables. El camino del gobierno Villaverde estuvo continuamente sembrado de conflictividad. Apenas solucionado el episodio bilbaíno, estallan los desórdenes en Santander. Durante los días 9 y 10 de noviembre, en la estela de las elecciones municipales, el anticlericalismo exacerbado produjo en la capital cántabra su secuela de incendios y víctimas.

Las iglesias de los carmelitas y pasionistas y la residencia de los jesuitas reciben las principales andanadas, no escapando tampoco el Círculo Católico de Obreros. Tres muertos y varios heridos fue el balance final.

Finalmente fue Riotinto el escenario de una huelga de grandes dimensiones, resuelta por los medios habituales. La relación de todos los conflictos laborales y sus consecuencias sería interminable; basten las mencionadas como ejemplo de la espiral de violencia.

La batalla que siguió el gobierno de Fernández Villaverde por poner orden en las finanzas públicas se desarrolló sobre este violento telón de fondo social. Las trabas de los republicanos y liberales en las Cortes hacen inviable la aprobación de los presupuestos y del propio Gobierno. El 4 de diciembre, Villaverde pone en manos del rey la dimisión de los ministros, incapaces de sacar adelante una fórmula que permitiese salir del atolladero.

Simultáneamente, entre julio y diciembre, falto del soporte financiero indispensable, se hundió el ensayo de inversiones estatales en la red de comunicaciones terrestres que absorbiesen, además, el excedente de mano de obra que el mercado de trabajo ofrecía. En efecto, Rafael Gasset había propuesto un plan de 70.000 kilómetros de caminos vecinales que se construirían con la participación del Estado, las diputaciones y los municipios, que no pudo desarrollarse conforme a lo previsto. Este interesante proyecto encontró, en un principio, calurosa acogida, y en algunas provincias se puso en ejecución, despertando grandes esperanzas entre la población, que veía un ejemplo concreto de política práctica. Algunos centenares de kilómetros vinieron a aumentar nuestras vías de comunicación en los meses del otoño de 1903, antes de quedar anclado este intento «regeneracionista».

La política de buenas intenciones del gabinete Villaverde fue víctima de los intereses particulares de los diversos grupos del espectro político español; en ello cupo buena parte de responsabilidad al obstruccionismo republicano.

El 5 de diciembre comenzó el gobierno de don Antonio Maura, ante el cual los republicanos se mostrarían más tolerantes. Consiguieron permanecer en el poder un

(13) Intervinieron el Regimiento de Cuenca, dos escuadrones de Arlabán y una batería de montaña. El «Marqués de Molins», el «Vasco Núñez de Balboa» y el «Mac-mahón».

tiempo importante en relación con la duración habitual de los gobiernos de la época, tanto por méritos propios como por incapacidades de liberales y republicanos, pues el fondo de la problemática del país continuó sin mejoras sustanciales.

### El partido republicano: una oportunidad perdida

Al margen de los dos grandes partidos de la restauración, los republicanos tuvieron una ocasión importante de presentarse como alternativa esperanzadora durante 1903; sin embargo, constituyeron, por diversos motivos, una frustración más; aunque lograron destacados éxitos, no fueron capaces de aprovecharlos finalmente. El partido republicano iniciaba el año dividido, pero con afán integrador, esfuerzo en el que sobresalían Nakens y Morayta. Se imponía la necesidad de una remodelación que hiciese eficaz al republicanismo. Su desorganización e inoperancia, en muchos aspectos, le habían hecho languidecer durante un cuarto de siglo. Esta tarea interna culminaría con la elección de Salmerón como jefe por una asamblea celebrada el 25 de marzo. La figura del viejo líder se esperaba que aglutinase las diversas corrientes del partido.

La actividad pública, desde principios de 1903, en el terreno propagandístico, fue notable. Los mítines se suceden por toda la geografía nacional con una estrategia que persigue un doble objetivo:

1. Rechazo de la política oficial que los partidos monárquicos desarrollaban.
2. Ampliación de las bases sociales del republicanismo.

En este segundo apartado el esfuerzo sigue dos direcciones, por una parte, se pretende la atracción de los trabajadores, de forma generalizada, al bando republicano; en un mitin celebrado en Castellón el 5 de enero se manifestaba este afán. Lerroux afirmó en aquella fecha: «Es preciso que los que han de dirigir la República digan que su primer acto será incorporar al proletariado en su campo»<sup>14</sup>. Salmerón apoyaba las demandas de don Alejandro y prometía que el nuevo régimen elevaría la capacidad, en todos los órdenes, de la clase trabajadora. La otra gran aspiración del partido republicano fue la inserción de importantes sectores de las clases medias, descontentos con la obra de los gobiernos monárquicos.

El proyecto, ambicioso e interesante, presentaba graves dificultades de manera especial para la captación del proletariado. Anarquistas, por razones obvias, y socialistas, por desconfianza en el republicanismo burgués, rechazaron los intentos de integración en las filas republicanas. Sólo los obreros no encuadrados en aquellas tendencias llegaron a identificarse con la República que se les ofrecía. Destacaron en este terreno los éxitos que el lerrouxismo radical obtuvo en Cataluña; pero la unión República-proletariado no cuajó suficientemente y habrían de transcurrir casi tres décadas para la materialización de esta alianza.

La respuesta en las clases medias fue más positiva. Una parte significativa del «regeneracionismo» de la mano de Joaquín Costa acrecentó el bando republicano. En efecto, en marzo de 1903 se produjo el Manifiesto de la Cámara de Barbastro y la llamada a las clases «neutras» a convertirse en el nervio político de la sociedad, en la

(14) Tanto en los mítines de Castellón o Logroño como en otros actos públicos de aquellos días, Salmerón hizo constantes referencias al tema de la integración obrera en el republicanismo, pero rechazando la lucha de clases, «... que no tiene denominador común y la evitaremos con justas reformas económicas». Discurso a la Asamblea republicana el 25-3-1903.

que tenían un gran papel económico y social, el llamamiento encontró amplio eco<sup>15</sup>.

Los resultados de las elecciones de abril, ya citados, fueron el reflejo de este intento mesocrático por vía republicana. Sin duda, la inercia en el comportamiento político de los medios rurales evitó que su impacto fuese aún mayor.

La alarma causada en las fuerzas monárquicas impulsó un retroceso de la recién iniciada «pureza» democrática. El gobierno puso en marcha una campaña limitativa de la libertad de propaganda política, prohibiéndose numerosos mítines republicanos y oponiendo dificultades de todo tipo, que incidieron negativamente en la capacidad expansiva del republicanismo<sup>16</sup>.

Además, los «manejos» en los comicios sucesivos volvieron a ser moneda corriente. Pero los factores fundamentales que llevaron a desaprovechar el éxito de las elecciones legislativas de 1903 hay que buscarlos en el seno del propio partido republicano.

La ansiada cohesión interior no se produjo. Sectarismos ideológicos y personalismos egoístas afectaron negativamente la imagen de la opción republicana y su capacidad práctica. Resultaba casi imposible armonizar los viejos resabios entre unitarios y federales y entre los utopismos y las contradicciones teóricas de hombres como Salmerón y Costa<sup>17</sup>. La posibilidad republicana no supo articularse en un programa socioeconómico sugestivo; la oferta se redujo a un cambio de régimen político. Su línea de actuación en las Cortes se limitó a bloquear en lo posible la obra del gobierno conservador. Técnica evidentemente equivocada y «ramplona». Las luchas escandalosas entre algunos líderes como Rodrigo Soriano y Blasco Ibáñez en su feudo de Valencia, añadidas a la carencia de un trabajo político fructífero, acabaron por convertir en un espejismo el triunfo de las elecciones de abril.

El director de «El Pueblo» y su colega de «El Radical»<sup>18</sup> llevaron a cabo durante 1903 una verdadera «guerra civil». Blasquistas y sorianistas convirtieron la capital del Turia en escenario de frecuentes violencias, intentado solventar sus diferencias a tiros. Rodrigo Soriano fue objeto de una gresión tras un mitin en Benimalet y, finalmente, llegó a desafiarse a duelo con Blasco Ibáñez. El escándalo intentó ser aprovechado por los carlistas para obligar al gobierno a intervenir. Los esfuerzos de Necedales y Llorens en el Congreso para desacreditar a los republicanos y crear dificultades al ejecutivo no lograron su objeto, pero a nivel popular la imagen de un republicanismo mezquino peleándose por las migajas del poder no podía menos de dañar gravemente la imagen del partido de Salmerón.

Las consecuencias de las «limitaciones» de los republicanos y de la nueva filosofía electoral del gobierno Villaverde los encontramos en los comicios municipales de noviembre de 1903. Desde el mes de agosto las aspiraciones de

(15) En este sentido don Melquíades Álvarez pronunció un importante discurso el 4 de abril de 1903 en el Círculo Mercantil de Madrid sobre «La democracia y el deber de las clases neutras».

(16) El punto álgido de esta campaña antirrepublicana lo señala la circular del fiscal del Tribunal Supremo, don Gabino Bugallal, el 4-5-1903, que declaraba faccioso el grito de «Viva la República». La prensa liberal reaccionó contra la actuación gubernamental en repetidas ocasiones a lo largo del año, destacando en este sentido «El Imparcial», artículos 6-5-1903, p. 1, «Leña al fuego», 29-9-1903, p. 1, «Error esencial».

(17) El político aragonés, en pleno éxito en un sistema democrático, lanzaba diatribas contra la democracia.

(18) Blasco Ibáñez dirigía «El Pueblo», y Rodrigo Soriano, «El Radical», aunque este último tenía, además, parte de la propiedad en el periódico blasquista.

ampliar su base obrera llevaron a un intento de alianza con los socialistas. Las elecciones locales, a las que, desde algunos medios, intentó dárseles el valor de un test trascendental, acabarian para el partido republicano en un fracaso.

El 2 de agosto la Agrupación Socialista Madrileña propuso que se aceptase la colaboración con los republicanos en aquellos municipios en los cuales no pudieran presentarse candidaturas exclusivamente socialistas<sup>19</sup>, pero en el seno del PSOE acabaría imponiéndose el rechazo a la alianza con el republicanismo. El Comité Nacional de los Socialistas, siguiendo las tesis de Pablo Iglesias, rechazó la proposición encabezada por García Quejido, favorable al colaboracionismo con los republicanos, aunque esta postura encontrase eco en algunos círculos socialistas de Barcelona, Mieres, Trubia, Gijón, San Sebastián... A finales de septiembre, de un total de 100 agrupaciones del PSOE consultadas por toda España, 78 contestaron sobre la posición que debía adoptarse, 50 de ellas se declaraban en contra de la unión republicano-socialista, 26 a favor y dos se abstuvieron.

Rota la deseable aproximación a los socialistas, los republicanos se movieron en niveles de irrealidad semejantes a los de los partidos monárquicos, incapaces de sintonizar con los problemas de la mayoría de la sociedad española. Fracasaba, una vez más, la clase política en su conjunto. La España «oficial» seguía su rumbo y la política con minúsculas se imponía a la POLÍTICA con mayúsculas. Las demandas sociales para suavizar las relaciones entre el capital y el trabajo e impulsar al país en un ambiente de concordia caían en el vacío. «... Todo esto que no emociona, que no interesa, que no es plato sabroso en los pasillos del Congreso o del Senado, que no figura nunca en las hojas populares bajo titulares a dos columnas y con la tipografía selecta de las cajas de imprenta, es lo positivo, lo útil, que hace esfuerzos desesperados por sobreponerse a lo considerado emocionante, sensacional y aparatoso.»<sup>20</sup> Los esfuerzos desesperados de un pueblo que reiteradamente reclama una política de hechos frente a una política de palabras que parece ser su constante cruz. La crisis política de 1903, común, aunque con sus especiales manifestaciones, a liberales, conservadores y republicanos no fue ni más ni menos que la consecuencia de esta radical incapacidad para situar en su justo plano la función de las instituciones políticas.

(19) Propuesta de la Agrupación Socialista de Madrid al PSOE aprobada por 107 votos contra 32.

(20) «El Imparcial», Madrid, 17-11-1903, p. 1, «Política de hechos».